SHELBY TUCKER

Con la insurgencia
A pie por Birmania

Capítulo uno

La estrella se apaga

Hace unos años hice el camino a pie desde la China a la India, a través de la región de las montañas de Kachín, al norte de Birmania.* Me acompañaban un joven sueco llamado Mats y destacamentos de dos ejércitos que estaban en guerra con la junta militar que gobernaba ese país. La ruta nos llevó por lugares que no figuraban en los mapas, pero no éramos cartógrafos. Cada paraje albergaba una flora exuberante y diversa, en gran parte sin clasificar, pero no éramos botánicos. Desde la publicación de *The Political Systems of Highland Burma*, en 1954, de E.R. Leach, no se había hecho ningún estudio acerca de las tribus que habitaban la región y, sin embargo, no éramos antropólogos. Ni siquiera teníamos una tesis que preparar para un público harto ya de informes sobre muertes y atrocidades perpetradas en Birmania. Al final, y como colofón a nuestro viaje, fuimos arrestados y detenidos por la policía india, bajo sospecha de tener «víncu-

* Desde 1989 el país se llama Myanmar. Siguiendo al autor, en esta traducción el país continuará siendo designado Birmania. Esto tiene una resonancia política, pues Myanmar es un nombre de origen birmano elegido por la junta de gobierno (Comité Estatal por la Restauración de la Ley y el Orden o CERLO). Los pueblos de las montañas y las minorías étnicas prefieren el término Birmania, en inglés «Burma», que consideran políticamente neutro. (N. de la t.)

los con el espionaje internacional» y de ser «agentes de la CIA»; y os lo juro: tampoco éramos espías. Aún más, aparte de la natural curiosidad de dos viajeros que nunca en su vida habían visto un campo de amapolas en flor, no nos interesaba el comercio internacional de estupefacientes. El afán de aventura era el único motivo que teníamos para hacer nuestro largo camino a pie por Birmania. Nadie nos había brindado apoyo financiero y, por cierto, no teníamos la intención de escribir un libro. El mero hecho de haber emprendido una caminata a través de ese país con la mente puesta en unos hipotéticos lectores, habría estropeado tanto la aventura como el libro.

Hasta la reciente apertura de la ruta terrestre que conduce a Kengtung vía Tachilek, los caminos que iban y venían de Birmania estaban cerrados para los extranjeros, y los visados que se otorgaban sólo permitían entrar y salir del país por el aire. Los viajes internos estaban restringidos a determinadas áreas que se hallaban bajo el control del ejército. Quizás fueron esas consideraciones las que espolearon nuestro espíritu aventurero: ¿Queríamos probar algo o probarnos a nosotros mismos? ¿Eran las opresivas leyes birmanas un anzuelo para tipos engreídos como nosotros? ¿Acaso no solía yo jactarme de que toda restricción era inaceptable para «viajeros de verdad», a quienes todo les estaba permitido? Por eso, como Mats se mostraba indeciso sobre si acompañarme o no en la aventura, le pregunté: «¿Podrás vivir en paz contigo mismo *si no* cruzas Birmania a pie?»

Aunque la idea nació en mi juventud, no la llevé a la práctica hasta que cumplí los 53 años. Entonces tomé la firme resolución de aprenderlo todo acerca de Birmania, investigar las diversas rutas para llegar y salir del país y conseguir el libro *Aprenda birmano por su cuenta*, para adquirir los rudimentos del idioma. Sin embargo, lo único que hice fue visitar brevemente la Sala de Mapas de la Biblioteca Bodleian de la Universidad de Oxford y hacer que uno de los bibliotecarios me fotocopiara unos mapas ya obsoletos. De este modo, quien abordó el autocar X70 de Oxford al aeropuerto de Gatwick (al sur de

Londres) el jueves 24 de noviembre de 1988 y luego el vuelo DA 3430 hacia Berlín-Tegel, en su camino a Birmania, era el más completo iluso.

Una semana más tarde, me encontraba en un tren arrastrado por una locomotora que lucía una vieja estrella roja en su delantera. Carole, mi mujer, me había hecho prometerle que yo trataría de encontrar a alguien que me acompañase en mis aventuras, y también, atinadamente, que dicha persona debía ser joven y fuerte y, por encima de todo, de sexo masculino. El tren estaba lleno de excelentes candidatos, todos en el apogeo de sus jóvenes vidas, y yo sacaba el tema a cada instante durante mis visitas al coche comedor. Curiosamente, nadie mostraba el menor entusiasmo por la aventura. Uno de ellos afirmó con desparpajo que quien manifestase en público su intención de atravesar Birmania a pie era simplemente un fanfarrón. Otro dijo fríamente que todo aquel que siquiera *pensase* en caminar a través de un país como Birmania era, sin lugar a dudas, un chiflado.

Incluso mi mujer, que me apoyaba en todo lo demás, dudaba de mi sensatez en lo tocante a lo que ella llamaba «El Plan Birmania». Tratando de convencerla y «razonar» con ella, le dije que estaba profundamente equivocada en sus aprensiones, que en realidad no había peligro, y si lo había, ella lo estaba exagerando enormemente. Que le daba demasiada importancia a rumores y que todo rumor era engañoso y casi siempre equivocado: la moneda corriente del chismorreo, de la triste mendacidad en la que vivimos. En fin, no había porqué preocuparse por nimiedades; no había nada serio que pudiese disuadir a un explorador como yo. Y si a pesar de todo surgía algún peligro imprevisto, ella podría estar segura de que yo jamás incurriría en un riesgo «inaceptable». Pero ella no se convencía: «¡*Nada* de lo que digas logrará hacerme cambiar de idea!»

Lo cierto es que, ambos sabíamos que la razón no había

desempeñado papel alguno en mi decisión. Era un proyecto que enraizaba en un modo de vida que había comenzado en el verano que precedió a mi último año de colegio, cuando le dejé una nota a mi padre informándole que me iba a México. Que sólo tuviera un dólar con 42 centavos en mi bolsillo no me pareció un obstáculo suficiente: había un camino y éste conducía a México. La comida y el alojamiento eran problemas que ya se resolverían solos: *Considerad los lirios del campo...* Diez meses más tarde, me encontraba en un buque cisterna rumbo a Venezuela y dos veranos después estaba en Argelia, mi primera experiencia de un país en guerra. En 1957, cuando era estudiante en Oxford, viajé a Pekín mientras esa ciudad se hallaba bajo una cuarentena impuesta por el Departamento de Estado de Estados Unidos, según la cual se prohibía viajar a «aquellas regiones de China bajo control comunista». Y al regresar a Moscú, me encontré con que los «ojos y oídos del mundo libre» ora me denunciaban como un «traidor al país», ora me elogiaban como un «nuevo Paul Revere».* Cuando la Unión Soviética probó el primer misil intercontinental, yo me encontraba a bordo de otro tren en Siberia, y cuando Estados Unidos lanzó el primer mono al espacio, yo estaba en la India, en éxtasis por la música sagrada de los templos, viviendo con medio chelín al día. Después conseguí trabajo en un carguero que iba a Nueva Zelanda; seguí hacia Australia y viajé a dedo a través del Nullabor. Luego, en el invierno de 1962, me embarqué en otra nave cuyo rumbo era Yakarta. Para la primavera, había cruzado el río Mekong y con Hermann, un alemán de Colonia, viajábamos por Laos, consiguiendo vuelos gratis en zonas militares de aterrizaje o en depósitos de municiones. Seguí viajando. «No hay ruta por tierra hacia Panamá», proclamó el cónsul estadounidense en Bogotá y todos aquellos a quienes pegunté; y sin embargo tal ruta existía: eran los senderos que los indígenas habían abierto a golpe de machete por la jungla y utilizado durante mile-

* Héroe popular de la independencia de EE.UU. (N. de la t.)

nios. Y en 1972, cuando el gobierno de Etiopía cerró su frontera terrestre con el Sudán, viajé hacia Metema a lomo de camello. Finalmente, cuando me casé, lo hice en Zanzíbar, en una catedral erigida en el lugar del antiguo mercado de esclavos. El templo había sido emplazado allí por el obispo Steere, para conmemorar la abolición de este tráfico humano. El sacerdote que bendijo nuestra unión era el hijo del hombre que había sido el cocinero de Stanley cuando el explorador galés se encontró con Livingstone en Ujiji. El oficiante culminó la ceremonia firmando nuestro certificado de matrimonio con la impresión de su dedo pulgar. Cuando regresamos a Europa, lo hicimos navegando por el Nilo. El anuncio que mi madre puso en las páginas sociales del *Memphis Commercial Appeal* decía así: «La feliz pareja está pasando su luna de miel en Juba».

La idea de hacer un viaje a pie por Birmania nació durante la primavera de 1962, cuando caminaba con Hermann por el istmo de Kra, al sur de Tailandia. Seductora por su cercanía y misterio, Birmania se situaba apenas más allá de las brumosas montañas azules que se levantaban hacia el oeste. Mientras el alemán y yo marchábamos fatigosamente, charlando y soñando como todos los vagabundos de la tierra, imaginábamos un viaje mítico en el cual, con la ayuda de primitivos pero amistosos montañeses, pasaríamos clandestinamente de una aldea a otra.

No sé si alguna vez Hermann logró llegar a Birmania o no. Puede que haya muerto en alguna de sus aventuras. Nos separamos en Japón y no volví a tener noticias suyas... Pero hacia el verano de 1988, yo ya había adquirido la certeza de que si entonces no intentaba realizar aquella fantasía de los montañeses, ya nunca lo haría.